



convencion que emplea un antiguo cronista, *corrompen frecuentemente el ánimo de los soldados, é introducen la prodigalidad y disipacion en los campamentos.*

Que no produjeron, sin embargo, semejante resultado en el presente caso, más de un historiador lo testifica; y entre otros, Pedro Mártir, aquel sabio italiano arriba mencionado, que se halló presente á este sitio, contempla con admiracion el buen comportamiento y la disciplina militar, que por todas partes reinaba entre esta confusa mezcla de soldados. «¿Quién hubiera creído, dice, que el gallego, el orgulloso asturiano, y los rudos habitantes de los Pirineos, hombres acostumbrados en su país á las hazañas de más atroz violencia y á las riñas y pendencias por el motivo más insignificante, habian de alternar amigablemente, no sólo entre sí, sino tambien con los toledanos, los manchegos y los sagaces y celosos andaluces, viviendo todos en la mayor armonía y subordinación, como miembros de una misma familia, hablando una misma lengua, y sujetos á un régimen comun, de modo que el campamento parecia más bien una comunidad modelada por los principios de la república de Platon?» En otro párrafo de esta carta, que está dirigida á un prelado milanés, ensalza el hospital de campaña de la reina, cosa nueva entónces en la guerra, el cual, decia, «se halla con tal abundancia surtido de médicos, utensilios, y cuanto puede contribuir á la curacion ó alivio de los enfermos, que apénas le exceden en otra parte los magníficos establecimientos de Milan.»

Durante los cinco meses que hasta entónces se habian consumido en el sitio, habia sido el tiempo extraordinariamente favorable para los españoles, pues la temperatura fué en su mayor parte apacible y constante, y los sofocantes calores de la canícula se habian mitigado con las frescas y moderadas lluvias que cayeran. La estación del otoño avanzaba, sin embargo; las nubes comenzaron á posarse oscuras y pesadas sobre las cimas de los montes, y, por fin, una de aquellas tormentas que el pueblo de Baza predecia, estalló con increíble furia, y arrojando inmensa cantidad de aguas que caian

precipitándose por las rocas, y que se mezclaron con las de la vega, produjo en el campamento sitiador una terrible inundacion, que se llevó la mayor parte de los frágiles edificios que servian de abrigo al comun de los soldados. Mayor calamidad fué todavía para aquel la destruccion de los caminos, los cuales, cortados ó abiertos en ellos profundos barrancos por la violencia de las corrientes, quedaron completamente intransitables, interceptándose, por consiguiente, toda comunicacion con Jaen, y llenándose el campo de consternacion por la interrupcion temporal de los convoyes. La reina, sin embargo, puso pronto remedio á este desastre, con una energía proporcionada siempre á lo que las ocasiones requerian, haciendo que salieran inmediatamente seis mil trabajadores á recomponer los caminos, echándose puentes sobre los rios, y construyéndose nuevas calzadas, así como hizo tambien abrir dos pasos diferentes á través de las montañas, por medio de los cuales pudieran los convoyes ir y volver al campamento sin incomodarse unos á otros.

Al mismo tiempo, doña Isabel acopió inmensas cantidades de granos comprados en todas partes de Andalucía, y que hizo moler en sus mismos molinos; y luégo que estuvieron corrientes los caminos, que se extendian más de siete leguas, podian verse todos los dias catorce mil mulas que atravesaban la sierra, cargadas de bastimentos, los cuales, desde allí en adelante, llegaron en la mayor abundancia y con perfecta regularidad al campamento.

La reina procuró en seguida hacer nuevas levadas de gente, para relevar ó reforzar á la que en el campo habia; y es digna de notar la presteza con que las clases todas acudieron á sus llamamientos desde todos los ángulos del reino. Su principal cuidado, sin embargo, se dirigía á idear arbitrios con que acudir á los enormes gastos que las prolongadas operaciones de aquel año ocasionaban. Con este objeto, recurrió á empréstitos de particulares y de corporaciones religiosas, los cuales obtuvo sin dificultad alguna, pues era general la confianza que su buena fe inspiraba; pero como la suma así levantada, aunque excesiva para aquella



época, no bastaba para sufragar los gastos, tomáronse nuevos préstamos de sujetos opulentos, cuyos créditos se les aseguraron hipotecándoles el real patrimonio; y como esto no fuera suficiente todavía, y aún hubiera falta de fondos en el tesoro, la reina, como último recurso, empeñó las joyas de su corona y las alhajas de su adorno personal á los mercaderes de Barcelona y Valencia por las cantidades que sobre ellas quisieron adelantarla. Tales fueron los esfuerzos que hizo esta mujer extraordinaria para llevar adelante su patriótica empresa; y los resultados verdaderamente admirables que llegó á conseguir, no tanto deben atribuirse á la autoridad de su elevado puesto, cuanto á la perfecta confianza que su prudencia y virtudes habian inspirado á la nacion entera, y que la aseguraba la más eficaz cooperacion en todo cuanto emprendiera. El imperio que de este modo ejercia, era, á la verdad, más extenso que el que el puesto más elevado ó la autoridad más despótica pueden conferir, porque imperaba sobre los corazones de su pueblo.

A pesar del vigor con que el sitio se seguia, Baza no daba señales de rendirse. Verdad es que su guarnicion se hallaba muy disminuida y gastadas casi todas las municiones, pero quedaban todavía viveres bastantes en la ciudad, y sus habitantes no habian presentado el menor síntoma de desaliento. Hasta las mujeres de la poblacion, con una resolucion que competia con la de las matronas de la antigua Cartago, ofrecian su joyas, brazaletes, collares y demas adornos de sus personas, de los cuales son apasionadas en extremo las damas moras, para pagar sus soldadas á los mercenarios.

El ejército sitiador, en el interior, habia tambien padecido bastante, ya por las enfermedades, ya por los aceros enemigos, y muchos descorazonados por aquellos peligros y fatigas, que parecian no tener fin, hubieran querido abandonar el sitio aun en aquellos últimos momentos, y solicitaban con instancia que se presentase la reina en el campamento, con la esperanza de que ella misma sería de este parecer así que presenciara sus multiplicados sufrimientos, al paso que otros, y esto

eran los más, deseaban tambien ardientemente la visita de la reina con el objeto de que activase las operaciones y las condujera á feliz término. Parece que habia en su presencia una virtud, que por una razon ú otra, hacia que todos deseasen ansiosos su venida.

Accedió doña Isabel á este deseo general, y el 7 de Noviembre se presentó en el campamento acompañada de la infanta Isabel, el cardenal de España, su antigua amiga la marquesa de Moya, y otras damas de su palacio. Los habitantes de Baza, dice Bernaldez, coronaron las almenas y los terrados de las casas para admirar aquella brillante comitiva, cuando salia de los desfiladeros de las montañas entre las flotantes banderas y los marciales ecos de las músicas militares, miéntras que los caballeros españoles se apresuraban á salir reunidos desde los reales á recibir á su querida señora y reina, y la saludaban con las más entusiastas aclamaciones. «Vino doña Isabel, dice Mártir, rodeada por un coro de ninfas, como si fuera á celebrar el himeneo de su hija, y su presencia parece que alegró súbitamente y reanimó nuestros corazones, que desfallecian ya bajo el peso de las prolongadas vigiliias y de tantos y tan continuos trabajos y peligros. Otro escritor, testigo tambien de vista, observa que desde el momento de su aparicion parece que cambió enteramente la escena, y no hubo ya ninguna de las crueles escaramuzas que ántes ocurrían diariamente, ni se oia el estruendo de la artillería ni el choque de las armas, ni otro alguno de los duros sonidos de la guerra, sino que ántes bien, todo parecia dispuesto á la reconciliación y á la paz.

Los moros interpretaron, probablemente, la venida de la reina al campamento, como una seguridad de que el ejército cristiano no se separaria ya de delante de la plaza hasta su rendicion: si alguna esperanza habian, por lo tanto, conservado de llegar á fatigar á los sitiadores, perdiéronla ahora de una vez; y así es que á los pocos dias de la llegada de doña Isabel, les encontramos ya llamando á parlamento para ajustar las condiciones de la capitulación.

Al tercer dia despues de su llegada, pasó



doña Isabel revista á su ejército, que se hallaba formado en órden de batalla en la falda de los montes que caen á la parte del Oeste; y despues se adelantó á practicar un reconocimiento sobre la ciudad sitiada, acompañada del rey y del cardenal de España, y seguida de una brillante escolta de la caballería española. En aquel mismo día se abrieron negociaciones con el enemigo, por medio del comendador de Leon, y se estipularon treguas que debían durar el tiempo suficiente para que el anciano monarca el Zagal, que residía á la sazón en Guadix, pudiese recibir informes exactos de la verdadera situación de los sitiados, y trasmitir á estos sus instrucciones, determinándoles lo que debían hacer.

El alcaide de Baza representó á su señor el miserable estado á que la guarnición se hallaba reducida, por la mortandad y la falta de municiones; que tenía tal confianza, sin embargo, en el espíritu de su pueblo, que se comprometía á prolongar su defensa todavía por algun tiempo más, siempre que se le dieran esperanzas fundadas de socorro; pero que en otro caso, todo cuanto se hiciera no sería más que derramar sangre inútilmente, y perder las grandes ventajas que su posición actual ofrecía, para poder conseguir una capitulación honrosa. El príncipe musulmán, conoció lo fundadas que eran estas observaciones: pagó el debido tributo á la lealtad de su bravo pariente Cide Yahye, y á su heroica defensa; pero confesando al propio tiempo la imposibilidad en que se hallaba de socorrerle, le autorizaba para que capitulase, bajo las mejores condiciones, que, así para él como para la guarnición, pudiera conseguir.

El recíproco deseo que había de terminar tan prolongadas hostilidades, infundió en ambas partes tal espíritu de moderada templanza, que facilitó en gran manera el ajuste final de los pactos; y nada mostró, en esta ocasión, D. Fernando de aquella arrogante dureza que distinguió su conducta para con el desgraciado pueblo de Málaga, ya fuese por haber conocido su imprudencia, ya por hallarse convencido, lo cual es en verdad más probable, de que la ciudad de Baza estaba todavía en disposición

de tomar una actitud más imponente. Las condiciones principales del tratado fueron: que se permitiría salir de la plaza con todos los honores de guerra á los mercenarios extranjeros que habían estado ocupados en su defensa; que se entregaría la ciudad á los cristianos; pero que sus naturales tendrían el derecho de elegir, entre marchar con sus efectos adonde mejor les pareciera, ó quedarse á residir en los arrabales, como súbditos de la corona de Castilla, sujetos solamente al pago del mismo tributo que satisfacían á sus reyes musulmanes, y asegurados en el pleno goce de su propiedad, así como en el libre ejercicio de su religión, leyes y costumbres.

D. Fernando y doña Isabel tomaron posesión de Baza el día 4 de Diciembre de 1489, en medio del repique de las campanas, de las salvas de artillería y de todas las demás señales de alegría que suelen acompañar á esta triunfante ceremonia, mientras que el estandarte de la Cruz, ondeando sobre las antiguas torres de la ciudad, proclamaba el triunfo de las armas cristianas. El valeroso alcaide Cide Yahye fué acogido por los soberanos de muy diferente manera que el atrevido defensor de Málaga, pues le hicieron mil cumplidos y presentes; cuyos actos de cortesanía ganaron de tal modo su corazón, que manifestó desde luego grandes deseos de entrar á su servicio. «Las atenciones de doña Isabel,» dice secamente el historiador árabe, «fueron pagadas con moneda más positiva.»

Muy pronto, por lo tanto, se consiguió de Cide Yahye que hiciese una visita á su real pariente, el Zagal, que estaba todavía en Guadix, con el objeto de instarle á que se sometiese á los monarcas cristianos; y en efecto, en su entrevista con aquel príncipe, le hizo presente la inutilidad de toda tentativa que tuviera por objeto resistir á las fuerzas reunidas de las monarquías españolas; que solo conseguiría verse despojado, pueblo á pueblo, de todos sus dominios, hasta que no le quedase tierra donde pisar, ni medio de entrar en capitulación con el vencedor; y le trajo, por último, á la memoria que el siniestro horóscopo de Abdallah había pronosticado la caída de Granada, y que la



experiencia había ya acreditado cuán vano era luchar contra el destino. Aquel infeliz monarca le escuchó, dice el cronista árabe, sin pestañear siquiera; y despues de una larga y profunda meditacion, replicó, con la resignación que caracteriza á los musulmanes; «Lo que Allah quiere, eso es lo que sucede; si él no hubiese decretado la ruina de Granada, esta buena espada podía haberla salvado: pero ¡cúmplase su voluntad!» Entonces se estipuló que las ciudades principales de Almería, Guadix y sus dependencias, que constituían los Estados de Zagal, serían entregadas por el príncipe, con las debidas formalidades, á D. Fernando y doña Isabel, de los cuales marcharían inmediatamente á la cabeza de su ejército, á tomar posesión de ellas.

A consecuencia de estos arreglos, los monarcas españoles salieron de Baza el día 7 de Diciembre, sin permitirse ni permitir á sus fatigadas tropas un momento de descanso, ocupando D. Fernando el centro, y doña Isabel la retaguardia del ejército. El camino iba por la región más oculta de la prolongada sierra que se extiende hácia Almería, pasando por muchos desfiladeros, entre peñascos cuyas cimas se perdían en las nubes y valles, cuyas profundidades nunca vieran los rayos del sol, y en los cuales, segun dice un testigo presencial, un puñado de moros resueltos, hubiera sido bastante para hacer frente á todo el ejército cristiano. El viento, además, era frío en extremo, y muy crudo el tiempo; de modo que los hombres, igualmente que los animales, agotadas ya sus fuerzas por las fatigas y servicios anteriores, se atherían por la intensidad del frío, muriendo muchos helados, y habiéndose extraviado muchos más todavía por los laberintos de la sierra, en donde les esperaba igual suerte, á no haber sido por el marqués de Cádiz, que hizo plantar su tienda en uno de los montes más elevados, y mandó encender hogueras á su alrededor, á fin de que sirviesen de guía á los descarriados, para volver á sus reales.

A corta distancia de Almería salió al encuentro de D. Fernando, segun se hallaba acordado de antemano, el Zagal, á quien acompañaba una numerosa escolta de caballeros

musulmanes, y aquel ordenó á sus nobles, que se adelantasen á recibir al príncipe moro. «Su presencia, dice Mártir, que formaba parte de la régia comitiva, llenó mi alma de compasión, porque aunque bárbaro infiel, era un rey, y había dado pruebas señaladas de heroísmo.» El Zagal, sin aguardar á recibir los cumplidos de los nobles españoles, se apeó de su caballo y se dirigió hácia D. Fernando con la idea de besar su mano, pero éste, reprendiendo á los suyos por su *rusticidad* en permitir semejante acto de humillación por parte del infortunado monarca, le suplicó que volviera á montar á caballo, y despues siguieron juntos hácia Almería.

Era esta ciudad una de las joyas más preciosas de la diadema de Granada; había acumulado grandes riquezas por el extenso comercio que con Siria, Egipto y Africa mantenía; sus corsarios habían sido por siglos enteros el terror de la marina catalana y de Pisa, y podía haber sostenido, por lo tanto, un sitio tan prolongado como el de Baza, pero se entregó inmediatamente sin oponer la menor resistencia, bajo iguales condiciones que á aquella ciudad se concedieran. Los soberanos, despues de dar algunos días al descanso de sus fatigadas tropas en este agradable país, que defendido de los helados vientos del Norte por la sierra que éstas habían últimamente atravesado, y acariciado por las dulces brisas del Mediterráneo, es comparado por Mártir al jardín de las manzanas de oro de las Hespérides, dejaron en la ciudad nuevamente adquirida una numerosa guarnición á las órdenes del comendador de Leon, y luego volviendo á sumergirse en los estrechos pasos de las montañas, marcharon á Guadix, que despues de alguna oposición por parte del populacho, les abrió por último sus puertas. A la rendición de estas ciudades principales se siguió la de todas las otras inferiores que se hallaban en los dominios del Zagal, los cuales abrazaban multitud de aldeas que esmaltaban las fértiles laderas de la sierra que desde Granada se extiende hasta la costa, concediéndose á todas las mismas condiciones liberales con respecto á los derechos personales y á la propiedad, que se otorgaran á Baza.



Como indemnización por la cesión de estos vastos dominios, se dió posesión al jefe moro de la *taha* ó distrito de Andaraz, del valle de Alhaurin y de la mitad de las salinas de Maleha, juntamente con una gran renta anual en dinero, y debía además recibir el título de rey de Andaraz, rindiendo homenaje por sus Estados á la corona de Castilla.

Esta sombra de soberanía no podia satisfacer por mucho tiempo el ánimo de aquel príncipe infortunado; desfallecia su corazón agobiado por la melancolía al considerar las escenas de que su antiguo imperio era teatro, y después de sufrir alguna insubordinación por parte de sus nuevos súbditos, determinó abandonar su pequeño principado, y huyó para siempre de su país natal. Habiendo recibido una cuantiosa suma de dinero por la entera cesión á la corona de Castilla de todos sus derechos y propiedades territoriales, pasó al Africa, y aquí, según se dice, le fué su propiedad arrebatada por los bárbaros, y él condenado á arrastrar la más pobre y miserable existencia por todo el resto de su vida.

Las sospechosas circunstancias que coincidieron con el advenimiento al trono de este príncipe, arrojan una oscura mancha sobre su reputación, que se presentaría, por lo demás, al menos en cuanto á su vida pública se refiere, pura y limpia de todo acto deshonesto. Dotado de talento, energía y conocimientos militares, hubiera dilatado por espacio de muchos años la ruina de Granada, si hubiera tenido la fortuna suficiente para unir á toda la nación morisca bajo su cetro, con derecho indisputable; pero tal como éste era, estos mismos talentos, haciendo que parte del reino se levantase en su favor, solo sirvieron para precipitar su caída.

Los monarcas españoles, conseguido ya el objeto de aquella campaña, después de guarnecer con parte de sus fuerzas aquellos puntos en que así convenia hacerlo para la permanente seguridad de sus conquistas, volvieron con las restantes á Jaen, en donde licenciaron su ejército el día 4 de Enero de 1490. Las pérdidas sufridas por éste durante todo el tiempo de su prolongado servicio, excedieron á las de

todos los años anteriores, no bajando de veinte mil hombres; pero se dice que la mayor parte de ellos perecieron víctimas de las enfermedades que son consiguientes á las fatigas penosas y prolongadas, y á la continua exposición á la intemperie.

Así terminó el año octavo de la guerra de Granada; año más glorioso para las armas cristianas, y de más importantes resultados que todos los anteriores. Durante él se habia mantenido en campaña un ejército de ochenta mil hombres en medio de todos los rigores del invierno, por más de siete meses; esfuerzo que apenas tiene igual en aquella época, en que el número de la gente y el tiempo del servicio no excedían de la reducida escala en que se encerraban las exigencias de las guerras feudales.

Los bastimentos para esta inmensa hueste, fueron tambien, con toda puntualidad suministrados, á pesar de la gran escasez del año anterior y á despecho de cuantos obstáculos presentaban la falta de ríos navegables, y la interposición de una sierra llena de precipicios y en la que no se dejaba ver la menor senda.

La historia de esta campaña es á la verdad, honrosa en extremo para el valor, constancia y severa disciplina del soldado español, así como para el patriotismo y los esfuerzos generales que la nación hiciera; pero para nadie lo es tanto como para doña Isabel. Ella fué quien alentó los tímidos consejos de los caudillos después de los desastres sufridos en el jardín de Baza, y quien les animó á continuar el sitio; ella la que proporcionó los víveres, la que abrió los caminos, la que cuidó de los enfermos, la que suministró, con no pequeños sacrificios personales, las inmensas sumas necesarias para la prosecución de la guerra; ella, por último, la que cuando el corazón de los soldados desfallecia bajo el peso de un continuo sufrir, se presentó á su vista, como una aparición divina, y acarició sus decaídos espíritus y con sus caricias les inspiró su propia energía. Parece que el amor á doña Isabel era un principio dominante, que comunicaba á la nación un solo impulso, imprimiendo en todos sus movimientos la unidad del objeto. Esta adhesión tanto



era debida á su sexo, como á su carácter: porque la simpatía y tierna solicitud que sus pueblos la inspiraban, hacia naturalmente nacer iguales sentimientos en los corazones de éstos; y cuando la veían dirigiendo sus consejos, participando de sus fatigas y peligros, y desplegando todas aquellas facultades intelectuales propias del otro sexo, entónces la consideraban ya como un sér superior; entónces los sentimientos de su reina se veían correspondidos con

sentimientos más ardientes, más exaltados que los que sólo proceden de la lealtad. El caballeresco espíritu de los españoles la rendía homenaje como á su ángel tutelar, y así doña Isabel ejerció sobre su pueblo una influencia, como nunca pudo conseguir hombre alguno, ni probablemente tampoco ninguna otra mujer en otro tiempo ni país ménos novelescos que aquellos.